

Theodor Reik
**VARIACIONES
 PSICOANALITICAS
 SOBRE UN TEMA
 DE MAHLER**

Walter Benjamin
**TENTATIVAS
 SOBRE BRECHT**

VICENTE HUIDOBRO
 Ed. René de Costa

Santiago Petschen
**IGLESIA-ESTADO.
 UN CAMBIO POLITICO**
 Las constituyentes de 1869

SI LE INTERESAN LOS LIBROS
 DE TAURUS EDICIONES

dirijase a nuestro Departamento
 de Promoción
 (apartado 10161), Madrid,
 Irremediablemente una información
 más detallada de nuestras
 publicaciones.

Plaza del Marqués de Salamanca, 7 - Madrid-8
TAURUS

momento. Donde las lagunas se hacen más notables es en lo que respecta a los movimientos de oposición, tanto al Régimen bolchevique en cuanto tal (desde los anarquistas a los socialistas moderados), como a los que se enfrentaron desde dentro del partido a las sucesivas direcciones del mismo. El trabajo de Carr no aclara realmente el carácter de la insurrección de Cronstadt de 1921 o del movimiento anarco-comunista de Majno y su Ejército Insurgente de Ucrania, liquidado por el Ejército Rojo con la ayuda de la Checa en noviembre de 1920, después de que fueran aliados frente a los ejércitos blancos. Relativamente escasas asimismo son las noticias relativas a la evolución y naturaleza de la oposición de izquierda en el seno del bolchevismo, desde la Oposición Obrera, fundada en 1918-1919 por Kollontai y Schliapnikov, hasta el llamado Grupo de Leningrado, de 1925-1926, pasando por la más conocida de todas ellas, la de Trotsky, Radek, etcétera, de 1923-1924.

El hilo conductor de la obra de Carr es la explicación histórica de cómo un movimiento revolucionario y utópico se transforma en el Gobierno estable de un Estado nacional. Su actitud es fundamentalmente respetuosa para con las autoridades soviéticas, y mantiene en todo momento una cierta constante admirativa hacia el mismo Stalin, que durante todo el trabajo va destacándose como el hombre de Estado, el constructor astuto y prudente que reclaman las circunstancias. Los movimientos de oposición y las alternativas que comportan van quedándose en la cuneta de la historia, como aventuras inconsistentes y sin salida. Los desenlaces de la crisis de 1921 —décimo Congreso, oposición obrera, supresión de las fracciones, huelgas de Petrogrado y Moscú, insurrección de Cronstadt, nueva política económica, primer fracaso de la revolución alema-

na— y de 1923 —oposición de Trotsky, fracaso definitivo de la revolución en Alemania, surgimiento del fascismo—, parecen ya determinados con anterioridad, como si los márgenes de la Historia fuesen muy estrechos o prácticamente nulos. Con la fuerza de su objetividad, Carr asume plenamente y desde el principio el contenido oficial de un proceso marcado previamente por su irrevocable destino. No hay «degeneración», sino lógica en el despliegue de una revolución que, como todas las cosas de los hombres, está sometida a unas condiciones específicas determinantes.

Sin embargo, la Historia sólo es un curso determinado por los factores que lo circundan en su elaboración «posteriori». Y la investigación histórica, aunque vaya de atrás adelante, se mueve en una ulterioridad desde la que su devenir está siempre justificado. La propia posición histórica del investigador hace de la realidad presente la determinación del pasado. Sólo para un ordenador electrónico el presente constituye lo absolutamente determinado (y aun así a veces se equivoca); para los hombres, el presente no deja de ser en su inmediatez una incógnita, precisamente porque se proyecta libremente hacia el futuro. De ahí que la Historia sea una elaboración del tiempo, su fijación en fases, procesos y relaciones que sólo a efectos teóricos tiene en cuenta el azar, lo imprevisible, aquello que, sin embargo, es la esencia de la libertad del presente. El trabajo del historiador supone, pues, una toma de posición (y cuanto más objetivo, más precisa y determinante), un definirse en el sentido de la realidad establecida que se justifica. Y así, la Historia escrita ratifica la condena de lo que ya fue condenado en primera instancia por los vencedores.

La violencia intrínseca de la ordenación del tiempo histórico y del carácter de su devenir parece mucho más acu-

sada cuando se trata de un fenómeno, como el de la Revolución de octubre, que es en sí la libertad de los hombres para hacer su presente, y un trabajo como el de Carr, único probablemente en su género, valioso como aportación, es también la sanción de la necesidad. Esa es la primera lección. La otra, la que se proyecta hacia el futuro, es una hipótesis. ■ LEOPOLDO LOVELACE.

«El pelo de la dehesa», un teatro olvidado

La lectura de *El pelo de la dehesa*, de Manuel Bretón de los Herreros, publicada por Cátedra, en edición de José Montero Padilla, suscita muchas consideraciones al margen de las que pudiera hacer cualquier estudioso de nuestra literatura. Desde una perspectiva específicamente teatral —es decir, atendiendo a lo que sucede en nuestros escenarios—, el encuentro con textos como éste prueba hasta qué punto ha sido pobre la política cultural de nuestros días. Teníamos, en efecto, varios teatros subvencionados y se quería apoyar una dramaturgia históricamente significativa y de escasa incidencia en la realidad política contemporánea. ¿Por qué no se tomaron, entonces, y aun aceptado el raquitismo de ese principio, obras como la que nos ocupa? Lo digo porque, aun dentro de los conocidos límites de la comedia de costumbres y en el marco de una historia nada complicada —el aldeano rico enfrentado al «quero y no puedo» de la Corte—, el texto de Bretón posee una innegable gracia verbal y un sentido muy llano y directo de la construcción dramática. Estrenada en 1840, cuando la Corte estaba tipificada por la retórica romántica, la comedia no deja de plantear a su manera el eterno debate sobre la autenticidad del comportamiento, y se presta, sin caer en ningún idealismo bucó-

lico, a montajes nada anacrónicos.

¿Pero cómo iba a ocuparse nadie de una obra de Bretón si hasta los Lope, Tirso y Calderón han sido, tantas veces, más una obligación que un gusto?

Yo recuerdo que Claudio de la Torre, en la época en que dirigió el María Guerrero, intentó alguna vez desvelar este teatro. Pero la cosa se quedó en montaje aislado, sin que a niveles de actuación, de puesta en escena, de crítica y de comprensión del público, se estableciera el hecho cultural que el intento pretendía. Lo que quiere decir que un autor como Bretón se nos ha quedado en los libros, sin ocupar ese puesto menor, pero sólido, que debiera tener en nuestros escenarios. Aunque, bien mirado, en un teatro sin repertorio, como es el nuestro, siempre a la caza del texto «coyuntural», necesitado del gran éxito, es lógico que no haya espacio para obras como ésta.

El montaje de «El sí de las niñas», de Moratín, en el Español, por Miguel Narros, probó que las cosas podrían ser distintas. La obra de Moratín le importó a la gente, y a cuenta de la misma se airearon una serie de cosas que nuestro público debía conocer.

Ningún arcaísmo, pues, en lo que digo. Simplemente repetir que un teatro sin historia está siempre amenazado de ser un teatro ingenuo, y que una obra como *El pelo de la dehesa* sería, en los países de serio ejercicio teatral, uno de esos textos periódicamente frecuentados, puestos al día y tomados en cuenta para evitar el reiterado descubrimiento del Mediterráneo.

Por lo demás, saber que la obra se estrenó en 1840, y que ni siquiera se anunció el nombre del autor, no deja de sorprendernos, tanto por la frescura que aún conserva la comedia, como por lo que va de la antigua sencillez a la moderna petulancia de tantos escritores y hombres de teatro. ■ JOSE MONLEON.